

en la vocación sacerdotal: Dios, que es el sujeto que llama soberanamente; el hombre, que es solicitado en su libertad a dar una respuesta; y el superior jerárquico, que reconoce la vocación. Pío XII resume, en una feliz síntesis, las dos corrientes doctrinales antes expresadas.

Pero habrá que esperar hasta 1967, para que el Magisterio papal nos ofrezca una perfecta armonización de las competencias propias de estas tres voluntades: "la vocación sacerdotal, aunque divina en su inspiración, no viene a ser definitiva y operante sin la prueba y la aceptación de quien en la Iglesia tiene la potestad y la responsabilidad del ministerio para la comunidad eclesial" (Pablo VI, Enc. *Sacerdotalis Coelibatus*, n.º 15).

No queremos terminar este breve análisis de la obra del Prof. González del Valle sin resaltar algunas de sus principales cualidades: la sobriedad del texto, que hace grata y rápida la lectura; la precisión técnica de buen jurista; y el perfecto dominio de las fuentes y bibliografía, cualidades todas ellas, que harán imprescindible su consulta para los especialistas en Derecho Sacramental.

JOSÉ IGNACIO SARANYANA

BATTISTA MONDIN, *I teologi della speranza*. Borla Editore, Torino 1970, 151 pp.

Si se recorren los boletines bibliográficos de los últimos dos o tres años se advierte enseguida un notable aumento de los estudios y ensayos dedicados al tema de la esperanza. La atención prestada a la esperanza, no es algo absolutamente nuevo, ni siquiera por lo que se refiere al pensamiento cristiano de nuestro siglo: basta citar los nombres de Gabriel Marcel y de Josef Pieper para convencerse de ello. La literatura reciente presenta sin embargo características peculiares, ya que coloca un énfasis especial en la consideración de la praxis humana en cuanto encamina a la edificación de la sociedad terrena y a la instauración de la justicia sobre la tierra.

El ensayo de Mondin aspira a poner de relieve esa peculiaridad y a analizarla críticamente. Nuestro autor sigue el método de presentar a los diversos escritores que han tratado del tema, ofreciendo así al lector una reconstrucción de la génesis y desarrollo de la problemática. La reciente *teología de la esperanza* tiene su origen en el mundo protestante alemán, y sus precedentes deben situarse en los estudios sobre la escatología bíblica, y especialmente en los de Cullmann, que llevaron a las jóvenes generaciones de estudiosos de origen protestante a considerar cada vez más claramente que la historia podía y debía ser uno de los temas centrales de la reflexión teológica. Las naciones de promesa y de cumplimiento, fundamentales en la visión cristiana de la historia, condujeron así de una manera espontánea a centrar la esperanza.

Pero si los estudios bíblicos y exegéticos constituyen el telón de fondo de muchas de las actuales reflexiones sobre la esperanza, es otro el factor que termina de perfilar la actitud de base del movimiento al que nos estamos refiriendo: el convencimiento —radicado en numerosos escritores contemporáneos de que la categoría de la teología tradicional, y especialmente su modo de hablar de Dios, no son eficaces para transmitir el mensaje cristiano a la cultura de nuestro tiempo. Mondin señala acertadamente la presencia de este factor, aunque hubiera podido subrayarlo más, ya que —al menos por lo que se refiere a alguno de los escritores estudiados— lleva a tomar una orientación que contradice en gran parte el punto de partida. Nos parece además importante distinguir entre ambos factores, porque si bien la reflexión sobre la historia y sobre la dimensión escatológica de la realidad cristiana constituye, a nuestro juicio, una de las tareas fundamentales de la teología de hoy; consideramos, en cambio, que la afirmación, por lo demás absolutamente acrítica, de una incompatibilidad entre la cultura contemporánea y la teología cristiana amenaza con desembocar en la creación de un mítico “hombre moderno” que, tomado como criterio hermenéutico, hace imposible un trabajo teológico serio.

En cualquier caso, es un hecho que la reciente *teología de la esperanza* se configura en parte como intento de confrontar la escatología cristiana con la filosofía marxista de la historia. De ahí —como advierte eficazmente Mondin— el papel de catalizador que tuvo la publicación entre 1954 y 1959 de los tres volúmenes de la obra fundamental de Ernst Bloch: *Das Prinzip Hoffnung*.

Establecida así la génesis de la moderna teología alemana sobre la esperanza, Mondin analiza con detalle el pensamiento de su representante más significativo: Jürgen Moltmann, tanto en su obra principal (*Theologie der Hoffnung*, München 1964) como en otros escritos menores. En los capítulos siguientes de “I teologi della speranza” se resumen y comentan las ideas de varios de los autores, protestantes y católicos, que se han hecho eco de esa problemática: Wolfhardt Pannenberg, Harvey Cox y Hendrikus Berkhof, entre los protestantes; Johann B. Metz, Edward Schillebeeckx y Ferdinand Kerstiens, entre los católicos.

Como en otras obras anteriores de Mondin, destinadas también a presentar críticamente autores o corrientes teológicas actuales, también esta se caracteriza por una información cuidada y una exposición clara del pensamiento de cada autor, del que ofrece además una biografía y una ficha bibliográfica bastante completa. Común es también la inspiración de fondo: salir al paso de las tendencias secularizadoras que se insinúan en diversos sectores de la teología actual, y subrayar la necesidad de una actitud teocéntrica y de una reflexión metafísica. Desde esa última perspectiva la obra de Mondin constituye en realidad sólo una introducción al tema: esas ideas, en efecto, están sólo apuntadas y el capítulo final, en el que intenta una valoración de conjunto, resulta, a nuestro juicio, excesivamente somero

JOSE LUIS ILLANES